



DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

estudios culturales. Del inglés *Cultural Studies*, estudios culturales. (fr. *études culturelles*, it. *studi culturali*, port. estudos culturais).

Movimiento intelectual, surgido en Gran Bretaña en la década 1960 que reivindica la cultura popular frente a la alta cultura, que hasta entonces se había refugiado en la Academia y se agrupaba en distintas disciplinas académicas bien delimitadas. Es antiacadémico antidisciplinario y, políticamente comprometidos, ligado a la New Left.

Al pasar a Estados Unidos los Estudios Culturales se despolitizan, entran en la Academia y se ocupan de estudiar toda manifestación cultural en un marco determinado por el multiculturalismo, el neoliberalismo y una universidad en la que se había producido una atomización del conocimiento, provocada por la postmodernidad y su concepción de la historia y el saber. Es esta concepción norteamericana de los Estudios Culturales la que se extiende por la mayor parte de Latinoamérica.

El siglo XX ha sido una de las épocas en la que se ha producido un mayor e intenso número de controversias en torno al fenómeno literario y su conocimiento. Este hecho ha determinado un desarrollo enorme tanto de la actividad crítica como teórica literaria, cuya riqueza ha quedado plasmada en numerosas escuelas y corrientes de pensamiento. Ahora bien, tal variedad de intereses, la cual ha provocado que la mirada del investigador se centrara en el texto o en contexto de la obra literaria, en el emisor o en el receptor, en el canal o en código, ha desembocado en un escepticismo patente desde los años sesenta y setenta, escepticismo motivado en gran medida por la impotencia de aquellos que esperaban ver agotado el conocimiento literario y, en cambio, sólo encontraron versiones parciales procedentes de distintos paradigmas que se sucedían sin ofrecer,

en ningún caso, ese conocimiento objetivo y universal buscado desde el siglo XIX a la manera de las ciencias naturales.

En este ambiente de creciente inquietud, y vinculados con las corrientes teórico literarias de la época, sobre todo el marxismo y la sociología de la literatura, surgen los Estudios Culturales en Inglaterra. El centro pionero en este ámbito fue el *Center for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham en los años sesenta, y las figuras más destacadas Raymond Williams, Richard Hoggart y Edward P. Thompson, a los que pronto se unirá Stuart Hall. En un primer momento los Estudios Culturales implican:

Primero, un alejamiento de la visión immanente del texto literario que había predominado durante buena parte del siglo, primero bajo los auspicios del formalismo ruso, después del estructuralismo y la estilística.

Segundo, y como indicaba el mismo nombre que se le daba a la nueva corriente, una ampliación de horizontes del objeto de estudio desde la literatura a la cultura en general, si bien es cierto que en esta época la literatura seguía ocupando un lugar privilegiado en el ámbito de la cultura.

Tercero, y como consecuencia de lo que acabamos de mencionar, el desmantelamiento de la oposición entre alta cultura y baja cultura; a partir de este momento todo producto cultural se constituirá en potencial objeto de estudio, hecho que es visto con frecuencia como una amenaza para los estudios literarios tradicionales y para sus más destacados representantes; la irrupción de la cultura de masas viene a hacer más compleja la situación (sobre lo culto, lo popular y lo masivo en la cultura, ver Méndez Rubio, 1997: 57-184).

Cuarto, el citado desplazamiento y la ampliación de intereses conlleva un cuestionamiento del canon establecido, que se va a ir revisando de forma progresivamente más radical a la par que surgen propuestas alternativas que proceden de grupos y tendencias -raciales, sociales, nacionales, sexuales- considerados hasta entonces minoritarios o simplemente marginales.

Quinto, una concepción profundamente social, histórica, no sólo de la literatura, sino de todas las manifestaciones culturales y del mismo canon. Ya no se acepta la existencia de un valor artístico universal e invariable al que atenerse, sino de distintas construcciones teóricas -e ideológicas- que responden a intereses y realidades históricas diferentes y, por tanto, cuestionables.

Sexto, a partir de la ampliación del campo de estudio se impone la interdisciplinariedad como efecto inevitable; ahora bien, lo que en un primer momento es una urgente necesidad de abrir los estrechos horizontes de las disciplinas académicas se convertirá más tarde en un rechazo frontal de tales disciplinas que se manifiesta como proclamación del carácter anti-disciplinario o no disciplinario de los Estudios Culturales, el cual va unido a la negación de la Academia como lugar en el que tales estudios habían sido marginados en nombre de una ortodoxia que para los nuevos estudiosos de la cultura se presenta ya obsoleta e inoperante (v. Peters ed., 1999).

Séptimo, carácter profundamente comprometido, político, de estos estudios. No podemos olvidar la vinculación de su fundador, R. Williams, al nuevo movimiento de izquierdas, así como la ya mencionada conexión con el marxismo; tampoco podemos olvidar que la educación de la clase obrera se va a constituir en fuente de aprendizaje de buena parte de ellos,

por lo que no resultan extrañas las reservas que muestran hacia la enseñanza reglada y oficial que se impartía en centros como las universidades. Con el paso del tiempo este compromiso se va a ir desplazando desde la categoría de clase a la de género, raza, nación, etc., en el marco de una atomización de intereses y saberes que se produce en el marco del postestructuralismo y de la emergencia, con notable fuerza, de minorías que reclaman para sí mismas no sólo un lugar en la sociedad, sino también en el corpus de estudios y conocimientos que conforman el final del siglo XX en el seno de una postmodernidad plural y conflictiva.

Que los Estudios Culturales no surgen de la nada es algo obvio. A la concreta situación histórica presente en Gran Bretaña tras la Segunda Guerra mundial hay que unir la existencia de una extensa tradición de estudios de la cultura que ocupa todo el siglo XX y que se manifiesta en distintas corrientes de teoría crítica. Los investigadores e historiadores de los *Cultural Studies* han atendido sólo a los inmediatos precedentes, cuando no a corrientes claramente implicadas en la formación y la primera etapa de estos estudios. Algunos de ellos consideran a los primeros teóricos como fundadores a la vez que como antecedentes de los Estudios Culturales que se practican claramente a partir de los años ochenta y noventa y que se vienen a entender de esta manera como los estudios culturales por excelencia. Una excepción a esta posición la constituye Graeme Turner (1990: 1), que no duda en situar como precedentes de los *Cultural Studies* británicos al estructuralismo europeo, desde Lévi-Strauss y Saussure a Lacan, Barthes o Foucault; el marxismo europeo, especialmente Althusser y Gramsci; la sociología francesa de Bourdieu y Certeau; y la antropología americana tal como la practicaba Clifford Geertz. Simon During (1993), en una de las visiones de conjunto más acertadas, reúne textos de autores tan dispares como Adorno y Horkheimer, Barthes, Clifford, Teresa de Lauretis,

Stuart Hall, Renato Rosaldo y Michelle Wallace como representantes de la teoría y la metodología, a lo que une los ámbitos de espacio y tiempo, nación, etnicidad y multiculturalismo, sexualidad, carnaval y utopía, consumo y mercado, ocio y los media con escritos de destacados estudiosos. Ann Gray y Jim MacGuigan (1993), en cambio, al señalar algunos fundadores sitúan al lado de R. Williams y S. Hall a Roland Barthes, claramente distinto, o a Edward Said, fundador no de los estudios culturales sino de una teoría propia, el “orientalismo”, que interesa en este ámbito, pero que es posterior e independiente de la fundación de los Cultural Studies. No podemos ignorar tampoco que en una fase avanzada de los Estudios Culturales, esto es, cuando pasan a Estados Unidos, las lecturas que se convierten en antecedentes tienen un sentido concreto que ha puesto de manifiesto Reynoso (2000: 80):

En ausencia de marcos de trabajo nuevos, los estudios culturales se remiten a tradiciones teóricas, estrategias analíticas o actitudes intelectuales del Continente, a los que se adhieren interpretaciones discrepantes, en proporción directa con la distancia que el investigador de que se trate haya tomado del marxismo antes que en alguna clase de relación con deslindes teóricos de cualquier naturaleza. Sobre todo en los estudios de la segunda fase, nunca se toma un concepto o una teoría tal como viene, sino que se lo somete a una ordalía de amortiguamientos, purgas semánticas, redefiniciones parciales, sesgos, abstracciones en serie, variaciones contextuales, adhesiones connotativas e inyecciones de discursividad que deja un residuo muy débil de sus referencias originarias, cualesquiera fuesen.

En este caso, como estamos reflexionando desde un país en el que la presencia de los Estudios Culturales en sentido ortodoxo es nula, podemos sentirnos libres de las polémicas y presiones que caracterizan otros ámbitos geográficos como Estados Unidos. Esta serenidad permite recordar que los

Estudios Culturales nacieron al lado, junto a, cuando no en el seno de los estudios literarios, y, aunque en la actualidad la literatura, y mucho menos la canónica o la consagrada por la tradición, parezca no importar prácticamente nada, es posible que en un futuro no lejano vuelva a entrar en escena con la fuerza e importancia que encierra esta manifestación cultural que, no por haber sido muy estudiada o gozar de un buen puesto en el ámbito académico, debe ser rechazada. Además, la interdisciplinariedad, que desemboca como se ha dicho ya en una anti o a-disciplinariedad, está teniendo consecuencias debastadoras en un ámbito de estudio perfectamente legítimo y necesario como es el de la cultura. La denominada “resistencia a la teoría” es en muchos casos “rechazo a la teoría”, quizás por la falta de la formación necesaria para entrar en este campo, aún cuando se afirma la importancia de ésta. El rechazo de las disciplinas académicas desemboca en una constelación de estudios caóticos en muchos casos, a los que falta una fundamentación adecuada que les otorgue validez más allá de la constatación de hechos culturales concretos pertenecientes a una sociedad plural como es la nuestra. Se impone por ello recordar, como haremos en el siguiente apartado, que el estudio de la cultura puede ser, y de hecho ha sido abordado, desde distintas perspectivas críticas que han ofrecido resultados respetables y fructíferos.

II. EL ESTUDIO DE LA CULTURA POPULAR EN EL SIGLO XX

Ni que decir tiene que los antecedentes de los Estudios Culturales son numerosos; aquí destacaremos, aunque sea de forma sintética, aquellos que nos parecen más evidentes y directos. Y para la primera generación de los nuevos estudiosos de la cultura los miembros de la Escuela de Frankfurt constituyen un referente innegable.

Recordemos que Walter Benjamin (1936) llamó tempranamente la atención sobre la especificidad de la obra de arte en la edad de la reproducción mecánica destacando el carácter fuertemente politizado de los fenómenos artísticos. Benjamin anota que la tradición clásica de la cultura se rompió en el siglo XIX e intenta explicar las causas, de las que da sobradamente cuenta a lo largo de las distintas obras que perfilan su teoría estética. Lo importante en relación al fenómeno que nos ocupa es que el objeto mercantilizado es para el teórico la negación del objeto humanizado del Arte, la pérdida del aura en el arte se produce justamente por la muerte de lo estético tras su inmersión en la lógica del mercado. La reproductibilidad técnica que afecta a la obra artística implica la pérdida por parte de ésta de su auténtico tiempo estético y, por tanto, de su singularidad, de su autenticidad, la cual es fruto de una íntima interconexión con el contexto en el que se produce. Además, este tipo de arte altera el concepto de valor cultural y constituye una manifestación de la gran cultura o alta cultura. El arte de masas, a su vez, también conlleva una alienación del sujeto que lo percibe porque dificulta la percepción de la pluralidad de estímulos que encierra y por la dispersión que lo caracteriza; el arte también está alienado por efecto de las industrias culturales que conducen a su politización.

Theodor W. Adorno define el concepto de Pseudocultura, que ya está esbozado en Benjamin, como modelo de percepción y comprensión de los procesos y condiciones de existencia reducido a las impresiones de la conciencia subjetiva. Tanto para Adorno como para Horkheimer la Pseudocultura es el nuevo modelo cultural que surge como consecuencia de los importantes avances científicos y tecnológicos de la época que les tocó vivir y, sobre todo, de la aparición y desarrollo de los medios de comunicación de masas y de la cultura de masas, lo que conlleva, a juicio

de estos autores, un descenso de los contenidos culturales y un debilitamiento de los modelos de análisis y comprensión de la realidad. La cultura se convierte así en pura mercancía articulando un modelo ideológico que sirve de superestructura a la sociedad de consumo y alterando de manera considerable la psicología y actitudes colectivas (Adorno y Horkheimer, 1966, 1971). Además, y esto ha de tenerse muy en cuenta, para los autores de Frankfurt esta nueva forma cultural presenta un carácter primitivo y regresivo que propone, en los símbolos y códigos de conducta, una actitud radicalmente discrepante a la que mantendrán los posteriores representantes de los estudios culturales.

En cualquier caso, estas valoraciones de los frankfurtianos no les impiden, primero, poner de manifiesto una realidad que, si en estos momentos ya es innegable, se va a ir haciendo más profunda y compleja en las décadas siguientes, y, segundo, realizar los primeros estudios no sólo de la industria cultural, sino también de los medios y manifestaciones culturales de la sociedad de masas (por ejemplo Adorno (1966) estudia la televisión y Benjamin (1936) el cine y la fotografía). Por otra parte, la conexión -histórica e ideológica- que establecen entre cultura y comunicación va a marcar profundamente los estudios posteriores al tiempo que les separa de los planteamientos de la Ciencia de la Comunicación en sentido funcionalista.

Tras la primera generación de la Escuela de Frankfurt el intelectual más significativo que surge en este campo es J. Habermas (1987), quien ha producido una conocida e importante Teoría de la Acción Comunicativa en la que se conjugan lingüística, filosofía del lenguaje o psicología cognitiva en un intento de demostrar que la competencia comunicativa presenta unas estructuras y reglas universales que hacen posible el conocimiento

intersubjetivo sobre el que se puede fundar un nuevo orden social. La vuelta a ideales ilustrados -proclama que la modernidad es un proyecto inacabado frente a los teóricos y apologetas de la postmodernidad (Habermas, 1981, 1989)- y a una Teoría Crítica ampliada en función de un compromiso con los valores culturales intenta evitar el empobrecimiento de la conciencia social que aparece como la finalidad práctica de la reconstrucción de la razón desde el consenso intersubjetivo. Las teorías habermasianas se ofrecen en el seno de un capitalismo tardío -entendido como aquel que necesita introducir una regulación estatal para su desarrollo- que determina un nuevo modelo cultural en el que se ha producido una expansión del ámbito de lo profano a expensas del ámbito de lo sagrado -secularización-, una tendencia a pasar de una amplia heteromía a una autonomía creciente de carácter normativo y valorativo y en el que las “imágenes del mundo” se vacían de sus contenidos y son integradas por otros elementos; se pasa del particularismo ético a orientaciones universalistas y a la vez individualistas; los modos de creencias cobran una reflexividad creciente y los nuevos modos de distribución comunicativa y social de las “imágenes del mundo” tienden a anular esa reflexividad.

Aunque la semiótica ha sido ignorada, cuando no despreciada, por los principales representantes de los Estudios Culturales, no puede negarse que la publicación de *Apocalípticos e integrados* de Umberto Eco en 1965 constituye el punto de partida del estudio de la cultura de masas considerada desde una perspectiva sociológica y atendiendo a posturas contrapuestas que aún hoy se pueden detectar no sólo en relación a la comunicación de masas, sino también a las nuevas formas de información y comunicación digital: la de los apocalípticos, que rechazan la cultura dirigida y creada para ser consumida por las masas en nombre de la alta

cultura, y la de los integrados, aquellos que aceptan como positiva la existencia de una cultura popular-masiva que pueda llegar a amplios sectores de la población.

Tras la definición de ambas actitudes, el semiólogo italiano empieza la labor de caracterización de la estructura y las funciones de la nueva cultura de masas, cuya existencia ya nadie podía negar, al igual que tampoco se niegan los condicionamientos procedentes de la industrialización de los fenómenos culturales que se estaban produciendo. El planteamiento de los dos sectores presenta problemas en tanto que no recoge la problemática de la cultura de masas en toda su complejidad: los apocalípticos consideran que la circulación de diversos productos culturales es positiva, pero ignoran que la cultura de masas está sometida a las leyes económicas de producción, distribución y consumo, que son las que determinan la calidad del producto, la cual puede ser y de hecho es condicionada por la aceptación del público, esto es, la cultura de masas es un fenómeno de carácter industrial; los apocalípticos rechazan esta cultura justamente por su carácter industrial para contraponer seguidamente un concepto de la cultura si no esencialista sí al menos ajeno a las condiciones y leyes que imponen la economía y la industria. Puesto que no todo es bueno o malo como parece deducirse de estas dos posiciones opuestas, Eco apuesta por una investigación rigurosa en un doble plano teórico y práctico -análisis prácticos encontramos en las obras colectivas Eco, Barthes, Passolini y della Volpe (1968); Eco, Barthes y otros (1970); Eco, Bebito, Chesneux (1976); a nivel teórico, su obra enciclopédica, el *Tratado de semiótica general* (1975), es fundamental en este campo y en otros muchos-, investigación tendente a determinar sus medios expresivos (características propias e innovaciones formales, elementos procedentes de un nivel cultural superior, etc.), la forma en que se utiliza esta cultura en

función del mercado imperante, el modo de consumo puesto que estos productos pueden presentar posibilidades de goce diferente en función de la educación del receptor, y el contexto social y cultural que le otorga un sentido y función propios.

Sin olvidar el papel fundamental que desempeña toda cultura en el ámbito de la semiótica y la cultura popular en algunas ramas de ésta, hay que citar como corriente destacada la semiótica que se produce en la Escuela de Tartu-Moscú, cuyo maestro es el I.M. Lotman. Aunque con claras influencias del formalismo ruso, el estructuralismo, la teoría de la información, la psicología y la cibernética, la semiótica lotmaniana tiene un claro carácter sociológico. Ello determina la consideración de los sistemas culturales en todas sus variantes -literatura, ritos, mitos, etc.- y en relación con la organización social en la que se producen. Entendida la cultura como el conjunto de información no genética de una determinada colectividad de mayor o menor extensión, la posibilidad de estudio de los textos culturales es doble: como comunicación determinada y desde el punto de vista del código mediante el que se descifra esa comunicación; se trata, por tanto, de una propuesta que se sitúa al margen o entre la semiótica de la significación y la semiótica de la producción que se estaban desarrollando en Europa occidental. Sintetizando en extremo, podemos decir que el estudio de las ideologías y de las tipologías culturales realizado por los representantes de la semiótica de la cultura ha dejado un legado considerable en el que es posible destacar el interés por diferenciar en los procesos culturales los códigos dominantes de los códigos periféricos o secundarios, la conexión diacronía-sincronía en la articulación del significado, la interpretación de la cultura como sistema de comunicación con leyes y reglas propias, concepción según la cual toda cultura puede ser contextualizada y gramaticalizada, y la idea de que el conocimiento de la discursividad social

es el que puede permitir un mejor acceso a la investigación de la ideología y a sus sistemas (Lotman, 1996, 1998, 2000; 1993, Lotman y Escuela de Tartu, 1979).

Del ámbito semiótico arranca también el Círculo de Bajtin, autor cuyas ideas han alcanzado un arraigo y difusión enormes en Occidente por las múltiples vías que ha abierto su conocimiento. Si bien es cierto que su objeto de estudio lo constituye básicamente la literatura, en su obra *La cultura popular en la Edad Media y en Renacimiento. El contexto de François Rabelais* (1965) aborda las relaciones históricas entre literatura y cultura popular en un época, la transición de la Edad Media al Renacimiento, donde la cultura popular (la risa, la ironía o lo grotesco presente en el carnaval y la fiesta) logra penetrar en el ámbito de la literatura desempeñando una función primordial en tanto que a la cultura popular se le atribuye un papel transgresor frente a toda forma de dogmatismo y utilitarismo. Por tanto, para M.M. Bajtin, así como para sus dos discípulos más directos, Voloshinov y Medvedev, literatura y realidad histórica están íntimamente interconectadas. La cultura es un componente activo de las relaciones de producción. La cultura popular, tal como se desprende de los análisis bajtinianos, puede ingresar en el ámbito de la alta cultura (la literatura, sobre todo la novela) en determinados momentos históricos y desempeñar un papel importante. Además de esta posición básica, conceptos bajtinianos como el de dialogismo, polifonía o frontera (Bajtin, 1929, 1975, 1979) interesan por cuanto pueden contribuir a realizar una relectura de la tradición literaria en clave distinta, que es en definitiva lo que piden numerosos investigadores del canon literario. No es de extrañar, en este sentido, que Bajtin se haya convertido en guía e inspirador de teóricos que desempeñan su trabajo en plena postmodernidad. Y es que en el Círculo de Bajtin se afrontan cuestiones hasta entonces pendientes

como el carácter ideológico el signo, del que Voloshinov (1930) dio cumplida cuenta al desarrollar su teoría del lenguaje como práctica social, lo que implica la consideración histórica, material, de todos los discursos y, en consecuencia, su carácter movedizo, plural y dialógico, elementos éstos no ajenos al estudio de las diversas manifestaciones culturales.

Para terminar, tenemos que recordar que elementos de la cultura popular habían sido estudiados ya por los formalistas rusos -el cuento popular por V. Propp (1928) o el cine- aunque desde presupuestos lingüísticos y en función de concretos intereses literarios. El estructuralismo tampoco fue ajeno a esta realidad, cuyo estudio se sigue complicando de forma progresiva hasta hacer ver la importancia que encerraba la determinación de las interacciones existentes entre discursos lingüísticos comunicativos, formas de argumentación y relaciones sociales y culturales. Cabe mencionar al grupo que surge en torno a *Communications*, y a Roland Barthes, autor cuya evolución teórica es un ejemplo único en el siglo XX y cuyos estudios sobre la imagen, el relato, la fotografía o la moda son históricos ya al tiempo que imprescindibles para investigadores posteriores (Barthes, 1964, 1967, 1980).

Ahora bien, llega un momento en que el concepto de ideología se torna lingüístico como consecuencia de la búsqueda de una metodología que intenta dar cuenta de las operaciones simbólicas dentro de los procesos básicos del análisis del discurso. De esta manera, buena parte de la semiótica occidental concibe el lenguaje y la comunicación como prácticas que pueden ser formalizadas y que presentan complejas taxonomías clasificadoras de la realidad. Aunque no siempre es así. La alianza entre semiótica y marxismo ha dado buenos resultados en países como Italia (E. Garroni, Rossi-Landi, etc.) o España (Talens, Urrutia, Vázquez Medel, A. Chicharro), donde el proceso de producción y significación se ha

estudiado con frecuencia en toda su materialidad e historicidad. Y es que la cultura, en tanto que manifestación ideológica que es, sobrepasa los estrechos límites de las operaciones discursivas para determinar y ser determinada por la sociedad en la que se produce.

En definitiva, los Estudios Culturales surgen sobre dos pilares fundamentales. En primer término, el marxismo y la sociología, que se constituyen en punto de referencia ineludible, ya sea para criticar el mecanicismo e inoperancia de antiguas teorías, ya sea para intentar actualizarlas, ya sea para retomar otras más recientes como las de Althusser (1971) o Gramsci (1975), autores permanentemente considerados, o el sociólogo de la cultura Pierre Bourdieu (1988), cuyas ideas se retoman no pocas veces en un intento de asimilarlo a los Estudios Culturales que se manifiesta también en las invitaciones a colaborar en volúmenes colectivos producidos por los representantes de la nueva tendencia. En segundo término, los Estudios Culturales tienen una deuda mayor o menor, según los casos, con toda la tradición de estudios de los medios de comunicación de masas desde que tales investigaciones se iniciaran a partir de 1927 con Harold D. Lasswell (para la historia del proceso, ver R. Williams, 1978), la sociología del conocimiento de la que derivaría la sociología de la cultura (W. Dilthey, A. Weber, K. Mannheim), la Mass Communication Research norteamericana y su uso del paradigma conductista, la sociodinámica de A. Moles y un largo etcétera (ver también Moragas ed., 1985).

III. LOS ESTUDIOS CULTURALES BRITÁNICOS

III.1. Los fundadores

Los Estudios Culturales surgen en Gran Bretaña tras la segunda guerra mundial marcados por la concreta situación política y social del momento y por el creciente interés que se produce por la cultura y la forma de vida de la clase trabajadora que, aburguesada en muchas ocasiones, seguía manteniendo en el marco urbano su sistema de valores y su estructura social. Dos de los principales representantes de los Estudios Culturales en su etapa fundacional, Raymond Williams y Richard Hoggart, procedían de la clase trabajadora y desempeñaron una labor importante en la educación de adultos que marcaría su trayectoria posterior y su concreta concepción de lo que era y cómo se debía estudiar la cultura popular. La educación de adultos también marcó la trayectoria de otros estudiosos de la cultura ya que la escolarización que se produce en los años cincuenta y sesenta en Gran Bretaña conlleva una reevaluación de la cultura popular que se realiza al margen de la cultura académica oficial y en función de las necesidades de las clases menos privilegiadas, hecho que conlleva el cuestionamiento del elitismo y de las concretas relaciones jerárquicas que se establecen entre profesores y alumnos en otros ámbitos, además de eliminar elementos de estudio (cine, jazz, blues, etc.) que empiezan a ser reivindicados cada vez con mayor fuerza.

Veremos a continuación, de forma resumida, los autores y obras que se vienen considerando como iniciadores de esta corriente crítica de la cultura. Hoggart publica en 1958 *The uses of Literacy*, libro considerado por algunos críticos como el más académico de este autor; en él recoge la experiencia personal de Hoggart, tutor de educación de adultos en la Universidad de Hull entre 1946 y 1959. El crítico manifiesta el interés que encierran las formas de entretenimiento popular, las relaciones sociales o las diversas maneras que revisten las prácticas sociales. Hoggart utiliza formas analíticas procedentes de los estudios literarios para determinar el

lugar que ocupan productos culturales como la música, la prensa, las revistas o la ficción popular. La obra pone de manifiesto la estrecha interconexión existente entre aspectos de la cultura pública -pubs, clubes de hombres trabajadores, revistas y deportes- con las estructuras del ámbito público y privado cotidiano -los roles familiares, las relaciones de género, los modelos lingüísticos o la noción de sentido común-. La confrontación de la cultura de clase trabajadora en Gran Bretaña antes y después de la gran guerra se realiza con no poca nostalgia ya que la posguerra llega marcada por la aparición de la cultura de masas que Hoggart, como otros autores de la época, ve con no poco pesimismo.

Raymond Williams publica *Culture and Society 1780-1950* también en 1958. La obra nace de la experiencia de su autor en la educación de adultos, en la que había sido tutor entre 1946 y 1960, y de la idea de cultura que había mantenido el grupo *Scrutiny* del que habían formado parte T.S. Eliot, S. R. Leavis, Clive Belle y Mathew Arnold, aunque la visión de los fenómenos culturales de Williams atiende a los cuatro significados que el autor cree que encierra la palabra cultura: una forma completa de vida, material, intelectual y espiritual. Si bien es cierto que se trata de una obra de historia literaria, la diferencia la marca que el interés no se centra en los textos literarios en sí mismos, sino en la conexión que mantienen con distintas formas sociales. La crítica más frecuente que ha recibido esta obra primeriza es que su autor no había encontrado aún su propio lenguaje crítico, la forma de realizar análisis marxistas, pero lo cierto es que pone de manifiesto que la cultura es una categoría clave tanto para el análisis literario como para la investigación social, y en obras posteriores Williams desarrollará sus posiciones a la par que define su método, sobre todo en *The Long Revolution* (1961) y *Marxism and Literature* (1977).

En *The Long Revolution* se hace eco de los debates que se estaban produciendo sobre el impacto que tenían en la cultura los medios de comunicación de masas. La progresiva y gradual revolución a la que alude el título de la obra es la provocada por la industrialización, la democratización y la transformación cultural. La cultura, a su juicio, es la descripción de un particular modo de vida que expresa ciertos significados y valores no sólo en el arte y la enseñanza, sino también en las instituciones y el comportamiento cotidiano. El análisis cultural incluiría, por tanto, la historia de la crítica en la que el trabajo imaginativo e intelectual es analizado en relación a las tradiciones particulares y las sociedades, aunque incluyendo también el análisis de elementos del modo de vida como la organización de la producción, la estructura de la familia, la estructura de las instituciones que manifiestan y gobiernan las relaciones sociales y las formas características mediante las cuales se comunican los miembros de una sociedad.

Williams, que nunca ha dejado de practicar los estudios literarios en sentido estricto, ha sido también un representante importante de la crítica marxista británica a la par que sus estudios sobre los fenómenos culturales no sólo han marcado a sus inmediatos seguidores, sino que aún hoy gozan de buena acogida más allá del ámbito anglosajón, por lo que puede afirmarse que es el miembro de los Estudios Culturales ingleses de influencia más perdurable y amplia, por lo menos en el Continente.

El tercer autor importante es E.P. Thompson, quien con *The Making of English Working Class* (1963) influyó poderosamente en la historia social británica y también en las investigaciones de cultura popular, la clase y las subculturas desde la perspectiva de la sociología, la antropología y la etnografía. Thompson, como el R. Williams de *Culture and Society* y *The Long Revolution*, evitó nociones simples del marxismo como la visión

determinista de la economía, el tradicional modelo de base/ superestructura o la dominación de clase, e insistió en la importancia de la cultura vivida y la experiencia subjetiva. Thompson, más que Williams, desarrolló su teoría a través de la práctica, a través de la historia de la cultura hecha por sus sujetos. Rechaza la idea de cultura del autor de *Culture and Society* como una forma de vida ya que para él la cultura está constituida por un enfrentamiento entre intereses y fuerzas, la mayor parte de ellos situados en la clase social. El proyecto de Thompson pasa por reescribir la historia de la cultura popular revisando y cuestionando la representación que de ella ofrecían las historias oficiales.

Stuart Hall es otro de los miembros fundamentales de los Estudios Culturales británicos y ha ejercido además una enorme influencia en los Estudios Culturales estadounidenses. Fue joven director de la *New Left Review*, profesor de enseñanza secundaria y Director del Centre for the Contemporary Cultural Studies desde 1969. Durante su época de director del Centro se observó una gran expansión de la base teórica y la influencia cultural de éste; el estructuralismo, la etnografía y el estudio de los media penetraron definitivamente en los estudios culturales que acogieron el debate de las teorías althusserianas de la ideología y la gramsciana de la hegemonía. La primera obra, que publica en colaboración con P. Whannel, *The Popular Arts* (1964), establece una clara relación entre la cultura y la tradición de la civilización. Hall y Whannel rechazan el frecuente contraste entre la cultura preindustrial de Inglaterra y la cultura de masas ya que la primera la consideran inevitablemente acabada, como la misma sociedad en la que se había producido. Desde entonces la producción de S. Hall ha sido extensa y variada destacando como directrices básicas las teorías sobre el análisis ideológico y textual de los media, su teorización de la categoría de ideología y sus contribuciones al análisis de las instituciones y sus efectos

político-culturales. Es coautor de una de las obras en las que podemos encontrar una mejor y más amplia aplicación de la teoría de los estudios culturales en su primera etapa, *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order* (1978).

III.2. The Centre for Contemporary Cultural Criticism (Birmingham)

Todos los autores citados hasta ahora y otros muchos como Dick Hebdige, Dorothy Hobson, David Morley, Phil Cohen, Chas Critcher, Charlotte Brunson, Iain Chambers, Janice Winship, Paul Willis, Angela MacRobbie, Richard Johnson y un largo etcétera pertenecieron o se relacionaron estrechamente con el que fue el centro fundacional de los estudios culturales británicos: The Centre For Contemporary Cultural Studies (CCCS), centro que nace en la Universidad de Birmingham en 1964 y marca con su intensa actividad y sus publicaciones el rumbo de los estudios culturales en esta fase. Su objetivo principal fue durante mucho tiempo ofrecer un lugar de investigación a postgraduados y un programa sólido en estudios culturales. El primer director fue Hoggart, quien dejó las huellas de su proyecto de comprensión de lo cotidiano y las culturas vividas de las clases particulares que eran dominadas por los intereses de los media. En un primer momento las investigaciones estuvieron profundamente influidas por los estudios americanos sobre la comunicación y la obra de Williams *Communications*, así como por el Leicester's Centre for Mass Communication Research. Tras la ruptura con la influencia americana, con la tradición de la cultura y la civilización y con los aspectos empíricos de la investigación en las ciencias sociales, cobra protagonismo el estudio de la función ideológica de los media, que no se entiende como un proceso de determinación, y que se busca en las estructuras de poder y en la estructura de los media.

El segundo director del CCCS fue S. Hall, con el que el estudio entre ideología y media se realizó a través del sistema significativo de los textos. Aparecieron en escena las subculturas estudiadas en su formación, las formas de resistencia y su incorporación a otras formas culturales (por ejemplo, la subcultura urbana de los jóvenes). El feminismo se aprovechó del estudio de las subculturas poniendo de manifiesto los aspectos de la cultura de mujeres dominados hasta entonces. Richard Johnson sucedió a Hall en 1979. Los intereses de este autor se centraron en la construcción histórica de las subjetividades a través de los textos de los media. Su manifiesto escepticismo hacia la rica tradición etnográfica presente en el CCCS no pasó desapercibida. El siguiente director fue Jorge Lorrain. Con el paso del tiempo del CCCS tuvo que cambiar por las presiones universitarias que recibió para ser absorbido por el Departamento de Inglés de la Universidad de Birmingham, por lo que el Centro emprendió una campaña internacional para recibir apoyos que garantizaran su supervivencia. Finalmente el CCCS se convirtió en el Department of Cultural Studies, que ofrecía programas sobre el tema a los postgraduados. A partir de ese momento distintos problemas y enfrentamientos van a ir provocando un declive de la importancia e influencia que había tenido el primitivo centro (ver, sobre el Centro y su institucionalización, M. Green, 1996b; Grossberg, 1993; S. Hall, 1980; Straw, 1993; Striphas, 1998a).

La revista *Working Papers in Cultural Studies* es fundamental para conocer la historia del CCCS, así como las publicaciones de otros investigadores del mismo. A esta publicación siguió *Cultural Studies*, revista promovida por Fiske y Hartley, que extienden los estudios culturales por Estados Unidos y Australia (en este último ámbito destaca la *Australian Journal of Cultural Studies*). El Departamento de Estudios Culturales empezó a publicar *Cultural Studies from Birmingham*, pero las

cosas ya habían cambiado de forma irrevocable. El grupo primitivo tuvo problemas para sobrevivir después de los ochenta condicionado por una realidad social que, al fin y al cabo, daba la razón a los críticos de la cultura en tanto que si una concreta realidad histórica da lugar al surgimiento de la corriente, será otra la que determine su decadencia. Una lista exhaustiva de centros de todo el mundo (con dirección, teléfono, fax, correo electrónico y persona de contacto) en los que se practican los estudios culturales, aunque entendidos ya en un sentido diferente al de los autores de Birmingham, es la elaborada por Ted Striphas (1998b).

En definitiva, y como ha señalado Turner (1990) a principios de los años noventa, treinta años atrás el término “estudios culturales” habría aludido a formas de alta cultura o cultura de élite. En la década de los noventa se considera que los Cultural Studies son un importante conjunto de teorías y prácticas que se producen en las humanidades y las ciencias sociales. Los estudios culturales atendieron, desde la variedad de planteamientos y prácticas, a la cultura popular entendida como lo cotidiano y ordinario -lo que vestimos, oímos, miramos y comemos, cómo vemos nuestras relaciones con los otros, las funciones que adquieren actividades diarias como cocinar o comprar-. Se trataba de estudiar elementos de nuestras vidas que pasan desapercibidos porque parecen naturales, inevitables, nada excepcionales, pero que abarcan procesos como los que nos convierten en individuos, en ciudadanos, en miembros de una clase, raza o género particulares. Desde esta perspectiva, los primeros pioneros de los estudios culturales y los miembros de CCCS tuvieron el mérito de considerar la cultura popular desde los medios de comunicación de masas, el deporte o la danza, en la agenda académica e intelectual de la que habían sido excluidos.

La unidad de los estudios culturales en su primera etapa viene dada por una serie de intereses comunes a los que se ha aludido, intereses que se manifiestan en un conjunto de ámbitos en los que se aplican: historia de los movimientos culturales, sobre todo los británicos del siglo XIX, y las subculturas así como la versión que de ellos ofrecían las historias oficiales; estudio de las subjetividades, ya fuera en sentido lacaniano, aplicado a la subjetividad de las mujeres, o ya fueran las determinadas por los media; estudios etnográficos y de subculturas atendiendo a la interpretación de las subculturas en sus propios contextos y experiencias; análisis de la especificidad de los media como la televisión considerando la especificidad de sus lenguajes y sus relaciones con la ideología; análisis de las formas textuales, de la ficción popular a los videos musicales, anotando sus características ideológicas; estudio de la economía de los media, sobre todo la tradición británica de los años sesenta y setenta, atendiendo la producción de la cultura a través de los media y de la política cultural del gobierno; combinación del análisis textual con los estudios etnográficos de audiencias; e intento de determinar la base teórica de estos estudios.

IV. LOS ESTUDIOS CULTURALES BAJO EL SIGNO DEL POSTMODERNISMO

IV.1. Expansión e institucionalización

A partir de los años ochenta, y muy especialmente en los noventa, los estudios culturales se extienden más allá de los confines británicos llegando a cobrar un destacado protagonismo en países como Estados Unidos o Australia. Tal expansión va acompañada de una profunda crisis de la concepción originaria de los Cultural Studies provocada por la presencia de realidades sociales e históricas nuevas como las “guerras culturales” estadounidenses fruto de la emergencia con fuerza de las hasta entonces

consideradas minorías étnicas, geográficas, nacionales, sexuales, etc. que, marginadas de los estudios académicos tradicionales, encuentran en los estudios culturales un ámbito en el que desarrollar unas reflexiones que dieran cuenta de su propia identidad y especificidad cultural. El surgimiento de la postmodernidad y su teorización (especialmente la realizada por Baudrillard (1978) y Lyotard (1989)) desempeñan un papel fundamental ya que vienen a confirmar que las antiguas verdades - históricas, epistemológicas- han quedado obsoletas y se impone otra forma de aprehender el mundo, desde la clara conciencia de la imposibilidad de llevar a cabo esta labor, que pasa por una posición de radical escepticismo ante todo y ante todos. Estamos en la época de los simulacros, de los micro-relatos, del rechazo total de cualquier teoría o metodología de carácter histórico o marxista, de la atomización social y de saberes, del rechazo total de las metodologías que se consideran representativas de un pasado que se percibe como opresivo y se rechaza en bloque. Estamos también en la época de efervescencia de teorías feministas y postcolonialistas que, aunque nacidas al margen de los estudios culturales, se van a incorporar a éstos en muchas ocasiones por la afinidad de intereses existente.

Hasta tal punto surge una realidad nueva que se impone la búsqueda de explicaciones y nuevas fórmulas. Lawrence Grossberg (1996), el máximo representante de los Estudios Culturales en Estados Unidos, constata la movilidad constante de estos estudios y propone una *rearticulación* que permita su adaptación; a su juicio, tal rearticulación pasaría por una lectura de los elementos constantes y variables de los estudios culturales, de las varias formas que presenta su unidad-en-la-diferencia, seguida de una articulación del conjunto de contenidos que podrían diferenciarlos de otras posiciones teóricas y la determinación de los

lugares en los que ellos intervienen en el espacio político. Joel Pfister (1996) constata un hecho fundamental: la falta de compromiso político que se había dado en los estudios culturales estadounidenses, por lo que no duda en calificarlos de “estudios culturales post-políticos”. Alan O’Connor (1996) confronta los estudios culturales norteamericanos con los británicos detectando en los primeros lo que califica de “a kind of theoretical *bricolage*” que se inserta en dos problemas básicos que detecta en ellos: primero, los americanos no conocen la historia cultural de Gran Bretaña, por lo que tienen problemas para acceder a unos estudios centrados en la cultura de este país, y, segundo, no existe en Norteamérica una tradición cultural intelectual de izquierdas; todo ello conlleva la aparición de las que califica de versiones parciales y reduccionistas. Hasta tal punto la realidad es nueva que Richard Johnson (1996), tras constatar la presencia de los Estudios Culturales en la universidad, el hecho de que tuvieran sus propias revistas y encuentros científicos, se plantea su posible codificación académica esgrimiendo argumentos en contra y a favor y aportando las estrategias que considera fundamentales para tal codificación. (En Australia los estudios culturales están condicionados por las mismas preocupaciones e intereses presentes en el postmodernismo, v. J. Frow y M. Morris, 1993, 1996).

IV.2. Crisis y críticas

Ahora bien, aunque en los noventa los estudios culturales son ya otra cosa, los representantes británicos no han protestado contra su inclusión en esta nueva fase, sólo han marcado algunas diferencias, aunque la despolitización operada en Estados Unidos, que se produjo por concretos intereses ideológicos que a menudo se ignoran -el gran debate sobre el marxismo sigue pendiente, el populismo reemplaza al compromiso político

en nombre de lo políticamente correcto-, haya hecho de los estudios culturales algo totalmente distinto a lo que fue en un primer momento, de ahí que se haya hablado de crisis, decadencia e incluso fin de tales estudios. Stuart Hall, por poner un caso, desempeña con orgullo su función de patriarca en esta nueva etapa, y Lawrence Grossberg, el representante más genuino de los nuevos estudios en Estados Unidos, mantiene unas excelentes relaciones con él. Como la diferencia de posiciones no pasa desapercibida a nadie, el mismo Grossberg (1997: 206-207) señala una serie de etapas o fases de desarrollo histórico, que serían las siguientes:

1.-humanismo literario, entre 1957 y 1969, comprendería las obras clásicas de Hoggart y Williams;

2.-sociología dialéctica, desde fines de los sesenta a principios de los setenta, su principal representante sería S. Hall, que incorpora elementos de la semiótica y el estructuralismo francés;

3.-culturalismo, sería la modalidad más característica del CCCS y los estudios culturales en general, su principal representante sería también S. Hall que en esta ocasión habría extraído elementos del marxismo althusseriano; las dos líneas principales de acción serían el estudio de las subculturas juveniles y el análisis de la comunicación de los media a partir del principio codificación/descodificación;

4.-estructural-coyuntural, desde fines de los años setenta a principios de los ochenta, el líder sería también Hall, pero incorporando ideas de Gramsci, sobre todo la de articulación y la de hegemonía;

5.-postmoderna-coyuntural, desde mediados de los años ochenta a finales de los noventa; aunque no lo diga, el principal representante sería el mismo Grossberg.

Tal actitud va en contra de la mayor parte de los críticos, que distinguen dos fases: la británica, determinada por distintas corrientes del pensamiento crítico europeo y por el estudio de la cultura inglesa -de ahí los ataques que ha recibido de provincianismo-; y, la posmoderna, marcada por la despolitización, la fragmentación teórica y metodológica y la incorporación de elementos procedentes de una nueva época como los estudios coloniales/postcoloniales, el multiculturalismo, los estudios sobre la mujer, etc. En realidad, esta segunda etapa fue definida por el propio Grossberg en una obra colectiva (preparada junto a Cary Nelson y Paula Trichler) que desempeña en Estados Unidos la misma función “canónica” que las obras clásicas de Hoggart, Williams y Thompson en los estudios culturales británicos y el CCCS: se trata del extenso volumen *Cultural Studies*, aparecido en 1992 que, como los mismos editores señalan explícitamente, responde al *boom* internacional que se había operado en este ámbito y que era especialmente intenso en Norteamérica. La obra recoge trabajos de cuarenta investigadores, algunos de ellos realizados por encargo de los editores, que se inscriben en dieciséis áreas temáticas. Los colaboradores, y eso es lo que les une, son personalidades destacadas del ámbito académico (Professors, Masters of Arts, Lecturers, Teachers de nivel terciario y de posgrado, etc.), lo que muestra que los nuevos estudios culturales han superado definitivamente las reservas hacia la universidad presentes en algunos de sus más destacados representantes británicos, con la consecuente renuncia al compromiso y la resistencia que ello encerraba, esto es, su institucionalización es ya profunda e irreversible. Además, los ámbitos sobre los que se aplican parecen poner de manifiesto que todo lo que es digno de estudiarse pertenece al campo de los estudios culturales, si no es así simplemente no existe o no reviste importancia suficiente para los investigadores norteamericanos de los años noventa. Las líneas en las que se inscriben los trabajos de *Cultural Studies* son las siguientes: 1.- la

historia de los estudios culturales, 2.-género y sexualidad, 3.-nacionalismo e identidad nacional, 4.-colonialismo y postcolonialismo, 5.- raza y etnicidad, 6.- la cultura popular y sus audiencias, 7.- identidades políticas, 8.- pedagogía, 9.- las políticas de la estética, 10.-la cultura y sus instituciones, 11.-etnografía y estudios culturales, 12.- las políticas de la disciplinariedad, 13.- discurso y textualidad, 14.-ciencia, cultura y ecosistema, 15.- releer la historia, y 16.- la cultura global en la edad postmoderna. No sorprende que Grossberg aluda a la imposibilidad de definir los estudios culturales (un tópico o realidad que se repite en otros muchos autores) y que justifique este hecho por la variedad y movilidad de tales estudios.

Argumentos similares esgrime David Morley (1998) cuando alude a los ataques recibidos por los estudios culturales en Gran Bretaña por parte de autores ligados a la sociología o la antropología, críticas que aluden al fin del compromiso político, a la necesidad de volver a fundamentar los estudios en disciplinas seguras y métodos rigurosos procedentes de la sociología o la economía política y la antropología. Pero también existen críticas procedentes de representantes de los estudios culturales. Uno de los casos más significativos es el de Martin Barker y Anne Beezer (1992), que rememoran el proyecto primitivo para ofrecer después un conjunto de estudios críticos inserto en la “actual reevaluación de los estudios culturales” (1992: 13) que ellos detectan en el ejercicio de autocrítica de autores destacados como David Morley, Ien Ang, Paul Willis, Janice Radway, Angela McRobbie, John Fiske o Dick Hebdige. El telón de fondo de la revisión es una profunda nostalgia hacia los estudios culturales de los años setenta y sus directrices básicas: la observación y el estudio sistemático de la cultura popular que conllevaba el descubrimiento de su significado político; el carácter no disciplinario de los estudios culturales

vivido como desafío hacia el resto de las disciplinas académicas y oficiales, de forma paralela a la militancia en movimientos políticos radicales; y la existencia de un proyecto, aunque discutido, compartido, que incluía temas como las políticas y métodos de la enseñanza, las políticas de investigación cultural, la forma de intervenir en distintas cuestiones culturales y políticas de la época, etc. La pérdida del sentido de resistencia y de poder son considerados dos factores que determinan los estudios culturales de los noventa, en los que Barker y Beezer (1992: 25) distinguen tres líneas principales:

Los estudios culturales han cambiado su base fundamental, de manera que el concepto de “clase” ha dejado de ser el concepto crítico central [...]. Al mismo tiempo, el centro de atención principal se ha deslizado hacia cuestiones de subjetividad e identidad y hacia esos textos culturales y mediáticos que habitan en los dominios privado y doméstico, y a los cuales se dirigen. Simultáneamente, ha habido un deslizamiento hacia una metodología que restringe la interpretación a aquellos casos en los que se ve a los participantes capacitados, y que aparta la atención de las estructuras.

Y es que no faltan propuestas, ante el desolado y caótico panorama de los estudios culturales postmodernos, de volver a los orígenes. Sintomática es la crítica que realiza Raymond Williams en “El futuro de los Estudios Culturales” (1986), conferencia en la que deja claro que si los estudios culturales quieren tener futuro tal futuro ha de pasar por una revisión drástica de sus fundamentos y los cambios operados en los últimos años:

Cuando uno clasifica estas disciplinas y dice: “Bueno, ‘Estudios Culturales’ es un monstruo vago y demasiado amplio, pero podemos definirlo con más precisión, como estudios de medios de comunicación, sociología de la comunidad, ficción popular o música popular”, crea entonces disciplinas defendibles, y hay gente de otros departamentos que puede ver que se trata

estudios culturales

de disciplinas defendibles, que aquí hay un trabajo de referencias y presentación adecuadas. Pero la cuestión de qué pasa entonces con el proyecto sigue vigente. Y en cierto sentido la crisis de estos últimos años debería recordarnos la relación continua entre el proyecto y la formación: el supuesto de que éramos testigos del desarrollo de cierta estructura que, por decirlo así, era inherente -una continuación de alguna línea simple, como en esos relatos de la historia de los Estudios Culturales que habían mostrado cómo la gente superaba gradualmente, pero siempre con dificultad, sus errores residuales y avanzaba unos pasos- fue brutalmente impugnado por la muy consciente contrarrevolución de estos últimos años (Williams, 1986: 195).

Es evidente que Williams no puede aceptar la institucionalización de los estudios culturales, su adaptación a las reglas de juego de la academia, su adopción de teorías esencialistas como las formas más simples del estructuralismo y hasta del marxismo.

Más comedido es Stuart Hall (1992) quien, sin duda, sabe que el gran respeto que le profesan los investigadores americanos sólo puede mantenerse con una posición moderada, y él es muy consciente de que estos estudios están profundamente institucionalizados y elaborados en la vida académica de Estados Unidos. Por eso no se niega a hablar de los “legados teóricos de los Estudios Culturales”, claro que desde una perspectiva “autobiográfica”, aclara, en función de lo vivido por él. De esta manera, el marxismo queda inscrito en los estudios culturales británicos; a la cuestión de la raza, de gran importancia en el momento en que escribe, le atribuye la evolución de la teoría; los avances teóricos se atribuyen a la alianza entre estructuralismo, semiótica y postestructuralismo. Con anterioridad, Hall (1981) había señalado la existencia de dos paradigmas en los estudios culturales: el estructuralista y el culturalista ; las versiones

diferentes son consideradas desviaciones debidas a “debilidades” o “inadecuaciones” y las resume en tres: la inspirada en Lacan, que se centra en las prácticas significantes del sujeto (ahistórico, y por tanto rechazado); la que pide el regreso al programa de la economía política, que sacrifica a su juicio buena parte de los logros conseguidos; y, la que siguiendo a Foucault estudia la “diferencia”, la cual puede dar buenos resultados siempre que no se asuma en su integridad o se caiga en la cuestión de las formaciones sociales o el estado. Ni que decir tiene que la postura de Hall, a caballo entre Europa y América, es significativa de un estado de saturación que requiere a menudo argumentaciones forzadas, cuando no artificiosas, para mantener la postura propia satisfaciendo a unos y a otros.

Carlos Reynoso (2000: 277) ha sintetizado en cuatro vertientes la crítica contra los estudios culturales:

- 1) la reacción correlativa a su emergencia y a su acceso a la academia, que los estudios exhiben con orgullo como trofeos de sus calvarios históricos; 2) lo que podríamos llamar una crítica interna, que es en realidad el cuestionamiento de unas facciones contra otras; 3) la crítica de los científicos en sentido genérico frente al irracionalismo declarado de las subcorrientes más posmodernas, posestructuralistas y constructivistas de los estudios culturales; 4) la crítica emanada de las ciencias sociales constituidas, que recién ahora parece estar tomando cuerpo.

Ahora bien, existen críticas que destacan por su especial lucidez y porque sus autores no están influidos por el interés o la necesidad personal de defender una actitud o disciplina propias, sino por ubicar un proyecto que tiene una especificidad histórica que no puede obviarse en ningún caso, al igual que sus más inmediatas consecuencias. Desvelar el trasfondo ideológico que encierran los actuales estudios culturales es en todo punto

necesario para comprender que no constituyen en modo alguno la única forma posible de investigación en las ciencias sociales en general y en relación al estudio de la cultura en particular.

Es evidente, como ha señalado Fredric Jameson (1993), que los estudios culturales (en Estados Unidos se entiende) son, más que un intento de establecer una disciplina nueva, el proyecto de constituir un bloque histórico apoyado en una política académica, que incluye universidad e intelectuales, apropiada a una derecha que empieza a desarrollar su propia política cultural, la cual está basada en la reconquista de las instituciones académicas y en una campaña de “rectificación política” que se ve apoyada por la consideración de los nuevos movimientos sociales como el antiracismo, el antisexismo o la antihomofobia. Los estudios culturales, que surgieron en Birmingham como un proyecto de fundamentos claramente marxistas, se convierten así en un sustituto del marxismo, lo que produce, en más de una ocasión, la necesidad de aparición de un nuevo historicismo que pueda dar cuenta analíticamente de la nueva textualidad del mundo. Por otra parte, la atomización a la que ya se ha aludido aquí, fruto del surgimiento de los nuevos movimientos sociales y de las políticas de la identidad, cobra un protagonismo cuya vacuidad detecta Jameson (conocedor y crítico, por otra parte, del pensamiento posmoderno, ver Jameson, 1991):

Pero esa concepción aislacionista de la identidad del grupo pudiera, a lo más, abrir un espacio para los estudios culturales en el que cada uno dijera su parte, en una especie de sesión plenaria de las Naciones Unidas, y se le escuchara respetuosamente (y con corrección política) por todos los demás: un ejercicio ni productivo, ni estimulante, se podría pensar (Jameson, 1993: 100).

Pero eso es lo que demandan en la enseñanza los alumnos pertenecientes a grupos tradicionalmente marginados por los estudios académicos, y los planes de estudio se están volcando en este sentido al cambiar las cuestiones comunes y fundamentales por los intereses grupales ignorando de esta manera que las dimensiones geopolíticas de los estudios culturales ponen de manifiesto el “parroquianismo” norteamericano y el eurocentrismo, pues en estas reflexiones quedan fuera ámbitos tan importantes como Japón, Corea del Sur, Taiwan, Indonesia, la Costa del Pacífico, etc. Los estudios culturales se convierten así en un “vasto Frente Popular o carnaval popularista” (Jameson, *ibidem*: 115) que reproduce muchas de las cuestiones que critica.

A Terry Eagleton, otro gran conocedor y crítico del postmodernismo (ver Eagleton, 1996), le debemos una lúcida reflexión sobre la idea de cultura, que abarca desde la Ilustración a la posmodernidad y atiende a cuestiones fundamentales como las distintas concepciones de la cultura que se han dado a lo largo de la historia, la confrontación entre naturaleza y cultura, la idea de cultura presente en los estudios culturales y el sentido ideológico de las actuales guerras culturales. Entre las ilusiones del multiculturalismo y las mentiras de la nueva izquierda académica norteamericana Eagleton señala la inhabilitación de los estudios culturales como potencial movimiento revolucionario:

Para el postmodernismo [...] las formas totales de vida son dignas de alabanza cuando corresponden a las de grupos disidentes o minoritarios, pero han de castigarse cuando pertenecen a mayorías. La postmoderna “política de la identidad” abarca, pues, al lesbianismo, pero no al nacionalismo, algo completamente ilógico para los primeros radicales románticos, a diferencia de los radicales postmodernos posteriores. El primer bando vivió una era de revolución política y nunca cayó en el

absurdo de creer que los movimientos mayoritarios y consensuados eran una necesidad. El segundo bando surge de una fase posterior y menos eufórica de la misma historia y ha dejado de creer en movimientos radicales de masas, aunque tiene algunos dignos de recordar (Eagleton, 2000: 30).

El pluralismo, observa Eagleton, no es nada nuevo, pero entendido así desemboca en una atomización paralizante. La noción políticamente neutra de la cultura en esta época es partidista y tiene concretas consecuencias históricas: la cultura se vuelve más específica, pero pierde su capacidad crítica. Las subculturas, a su vez, permanecen unidas debido a su antagonismo con otras, el resultado es un conformismo pluralista. De esta manera, las políticas de la identidad son positivas para el sistema político dominante ya que éste no tiene ahora un único oponente, sino un conjunto plural y amplio de adversarios desunidos. Además, ningún poder puede sobrevivir mediante la coacción pura y dura, por lo que la cultura se convierte en un buen aliado. Pero los desafíos del nuevo milenio -guerras, hambre, drogas, desplazamiento de la población, etc.- no pueden ser solventados por la cultura, “no son problemas esencialmente “culturales”. No, no son primordialmente cuestiones de valor, de simbolismo, de lenguaje, de tradición, de pertenencia a un lugar o de identidad, y menos aún cuestiones de arte” (*ibidem*: 192-193), aunque posean claras inflexiones culturales. En resumen, la cultura ha asumido una nueva dimensión política que Eagleton pone al descubierto, pero también, a su juicio, una importancia desproporcionada. Se impone, pues, reconocer su alcance y volver a ponerla en su sitio.

Sólo entonces, añadimos nosotros, podrá realizarse un estudio fructífero y operativo de las distintas manifestaciones culturales, sólo entonces se podrá llevar a cabo una revisión crítica de las disciplinas tradicionales y una reformulación de aquellas que lo requieran, sólo

entonces el pensamiento crítico y teórico literario podrá (re)definir su función y su lugar en esta nueva época en la que los investigadores norteamericanos (sobre todo) le han atribuido un papel de intruso o, en el mejor de los casos, de bastión de los pensadores más tradicionales.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor W. *Televisión y cultura de masas*, Argentina, Eudecor, 1966. Disponible en www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/comunicacion/Adorno.pdf, consulta 23/11/2014; Adorno, Theodor W. y Horkheimer, Max (1966). *Sociológica*, versión española de Víctor Sánchez de Zabala, revisada por Jesús Aguirre. Madrid, Taurus, 1988; Adorno, Theodor W. y Horkheimer, Max [1944]. *Dialéctica del Iluminismo*, introducción y traducción de José Sánchez, Madrid, Trotta, 2003, 5ª ed. (Colección Estructuras y Procesos. Serie Filosofía); Althusser, Louis (1975). "Ideología y aparatos ideológicos del estado". En *Escritos*. Traducción de Albert Roies Qui, Barcelona, 2ª ed., Laia (Volumen 351 de Laia B: Política, Teoría); Bajtin, Mijail M. [1929]. *Problemas de la poética de Dostoievski*, traducción de Tatiana Bubnova, México, FCE, 1986 (Breviarios del Fondo de Cultura Económica; 417); Bajtin, Mijail M. [1965]. *La cultura popular en la Edad media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, versió de Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza, 1988 (El libro universitario. Ensayo; 057); Bajtin, Mijail M. [1975]. *Teoría y estética de la novela*, traducción de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra, Madrid, Taurus, 1989 (Humanidades; 339 Teoría crítica literaria); Bajtin, Mijail M. [1979]. *Estética de la creación verbal*, traducción de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, 1982; Barker, Martin y Beezer, Anne [1992] "Introducción: ¿Qué hay en un texto?". En Martin Barker y Anne Beezer editores

Introducción a los estudios culturales, traducción de Antonio Nájera Irigoyen, Barcelona, Bosch, 1994, pp. 7-27; Barthes, Roland [1964]. “Rhétorique de l’image”, en *Communications*(École des Hautes Études en Sciences Sociales, Sociologie, Anthropologie, Historie, Édition du Seuil, France) 4, 40-51; Barthes, Roland [1976]. *Sistema de la moda*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978; Barthes, Roland [1980]. *La cámara lúcida. Notas sobre fotografía*, traducción de Joaquim Sala-Sanhuja, Barcelona, Paidós Ibérica, 2009 (1ª edición de la Biblioteca Roland Barthes, 2009); Baudrillard, Jean [1978]. *Cultura y simulacro*, traducido por Pedro Rovira, Barcelona, Kairós, 1993; Benjamin, Walter [1936]. “La obra de arte en la edad de la reproductibilidad técnica”. En *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*, Madrid, Taurus, 1990, pp. 175-191; Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary, and Trichler, Paula Editores [1992] *Recolocating Cultural Studies. Developments in Theory and Research*. London and New York, Routledge; Bourdieu, Pierre [1979]. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, traducción de Óscar Martínez Gómez, 1998; During, Simon editor [1993]. *The Cultural Studies Reader*. London and New York, Routledge; Eagleton, Terry [1996]. *Las ilusiones del postmodernismo*, Barcelona, Paidós, 1997; Eagleton, Terry [2000]. *La idea de cultura. Una mirada sobre los conflictos culturales*, Barcelona, Paidós, 2001; Eco, Umberto [1965]. *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1984; Eco, Umberto [1975]. *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen: 1981; Eco, Umberto et al. [1970]. *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Nueva Visión; Eco, Umberto, Barthes, Roland, Passolini, Pier Paolo y Della Volpe, Galvano [1969]. *Ideología y lenguaje cinematográfico*. Madrid, Alberto Corazón; Eco, Umberto, Nebiolo, Gino y Chesneaux, Jean [1976]. *Los cómics de Mao*, Barcelona, Gustavo Gili; Frow, John, and Morris, Michael W. [1993]. *Australian American Studies. A Readers*, St. Leonards,

Allen and Unwin; Frow, John, and Morris, Michael W. [1996]. "Australian cultural studies". En Storey, John editor [1996], pp. 344-367; Gramsci, Antonio [1975]. *Cartas desde la cárcel*. Madrid, Editorial veintiseis letradas, edición y prólogo de Francisco Fernández Buey, traducción de Esther Benítez; Gray, Anne and Jim McGuigan editors [1993]. *Studying Culture: An Introductory Reader*. London, New York...: Edward Arnold; Green, M. [1996a]. "The circulation of Cultural Studies", en John Storey editor pp. 178-186; Green, M [1996b]. "The Centre for Contemporary Cultural Studies", en John Storey, editor. *Cultural Studies and the study of popular culture. Theories and methods*. Athens, University of Georgia Press; Green, M.[1993]. "The formation of Cultural Studies: An American in Birmingham", en Blundell, Valda, Shepherd, John, and Taylor, Ian editores [1993] pp. 21-66; Grossberg, Lawrence [1997]. *Bringing it all back home. Essays in cultural Studies*, Durham and London, Duke University Press; Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary, and Trichler, Paula Editores [1992]. *Cultural Studies*, New York and London, Routledge; Habermas, Jürgen [1981]. *Teoría de la acción comunicativa. I. Racionalidad de la acción II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Trota, traducción de Manuel Jiménez Redondo, 2010; Habermas, Jürgen [1989]. *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo (Serie Taurus Humanidades; 290. Filosofía); Habermas, Jürgen [1981], "La modernidad, un proyecto incompleto", en Foster, Hal editor *La posmodernidad*. Barcelona, Kairós, traducción de Jordi Fibla, 1985 (Colección Ensayo); Hall, Stuart [1980]. "Cultural Studies and the Centre: some Problematics and Problems", en Hall, S., Hobson, D., Lowe A., and Willis, P. editores *Culture, Media, Language*, London, Hutchinson; Hall, Stuart [1981]. "Cultural Studies: Two Paradigms", en T. Bennett, G. Martin, C. Mercer, and J. Woollacott editors [1986]. *Culture, Ideology and Social Process: A reader*, London, Open University Press, 19-37. También

en Jean Storey editor [1996] pp. 31-48; Hall, Stuart [1992]. “Cultural Studies and its Theoretical Legacies”, en Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary, and Trichler, Paula Editores [1992] pp. 227-294; Hall, Stuart, and Paddy Whannel [1964]. *The Popular Arts* Boston, Beacon Press, 1967; Hall, S., Critcher, Ch., Jefferson, T., Clarke, J., and Roberts, B. [1978] *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order*, London, MacMillan; Hogart, Richard [1957]. *The Uses of Literacy: Aspects of Working Class Life*. London, Penguin; Jameson, Fredric [1991]. *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1996; Jameson, Fredric [1993]. “Conflictos interdisciplinarios en la investigación sobre la cultura” en *Alteridades* (UAM-Iztapalapa, México) 3 (5), pp. 93-117; Johnson, R. [1996]. “What is cultural studies anyway?”, en Jean Storey editor, pp. 75-114. Recogido también en *Social Text*. (Duke University Press), 16, winter 1986-1987, pp. 38-50; Lotman, Iuri M. [1996, 1998, 2000]. *La semiosfera (I, II y III)*, Madrid, selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro, Cátedra/Universitat de València, selección y traducción del ruso de Desiderio Navarro con un capítulo final de Manuel Cáceres (col. Frónesis, 4) 3 vols; Lotman, Iuri M. [1993]. *Consideraciones sobre la tipología de las culturas*. Valencia, Episteme/Eutopías, vol. 11; Lotman, Iuri M. y Escuela de Tartu [1979]. *Semiótica de la cultura*, Madrid, introducción, selección y notas de Jorge Lozano, traducción de Nieves Méndez, Cátedra; Lyotard, Jean-Françoise [1979]. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 2006 (Colección Teorema. Serie Mayor); Méndez Rubio, Antonio [1997]. *Encrucijadas. Elementos de crítica de la cultura*. Madrid: Cátedra/Universitat de València, col. Frónesis; Moragas Spà, Miquel editor [1985]. *Sociología de la comunicación de masas*, Barcelona, Gustavo Gili, (Serie GG mass media), 3ª ed., ampliada y revisada, 3ª tirada; Morley, David [1998]. “So-Called Cultural Studies: Dead ends and Reinvented Wheels”, en *Cultural*

Studies 12(4), pp. 476-497; O'Connor, A. [1996] "The problem of American cultural studies", en Jean Storey editor, pp. 187-196; Peters, M. editor [1999] *After the Disciplines. The emergences of Cultural Studies*, Westport, Connecticut, and London, Bergin and Garvey; Pfister, Joel [1996] "The Americanization of cultural studies", en Jean Storey editor, pp. 287-299; Propp, Vladimir [1928]. *Morfología del cuento*, Madrid, Fundamentos, traducción de María Lourdes Ortiz [la primera edición en español estuvo basada en la segunda ed. rusa (1968), revisada y ampliada por Propp, en la que se han basado las ediciones al inglés y al italiano], 2006, 8ª ed.; Reynoso, Carlos [2000]. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica*, Barcelona, Gedisa (Serie Cla-de-ma); Storey, John editor [1996]. *What is Cultural Studies? A reader*, London, Arnold, 2009; Straw, W. [1993] "Shifting Boundaries, lines of descent: Cultural Studies and Institutional Relighments", en Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary, and Trichler, Paula Editores [1992] pp. 86-104; Striphas, Ted [1998a]. "Introduction. The Long March: Cultural Studies and its Institutionalization", en *Cultural Studies* 12(4), pp. 453-475; Striphas, Ted [1998b]. "Cultural Studies' Institutional Presence: A Resource and Guide", en *Cultural Studies* 12(4), pp. 571-596; Thompson, Edward Palmer [1963]. *The Making of the English Working Class*, London. Penguin, 1978; Turner, Graeme [1990]. *British Cultural Studies: an Introduction*, London and New York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2003, thred edition; Volóshinov, Valentin Nicólaievich [1930]. *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (Los principales problema del método sociológico en la lengua del lenguaje), Madrid. Alianza, traducción de Tatiana Bubnova, Prólogo de Iris M. Zabala, 1992; Williams, Raymond [1958]. *Culture and Society 1780-1950*, London, Penguin, 1966; Williams, Raymond [1961]. *The Long Revolution*, London, Penguin, 1975; Williams, Raymond [1962]. *Communications*, London, Penguin; Williams, Raymond [1977]. *Marxismo*

y *Literatura*, Traducción al español de Pablo de Masso con Prólogo de J.M. Castellet, Barcelona, Península, 1997; Williams, Raymond [1978]. *Los medios de comunicación social*, Barcelona. Península. (Serie Universitaria nº 76), 3ª ed.; Williams, Raymond [1986]. “El futuro de los ‘Estudios Culturales’”, en Raymond Williams [1986]. *La política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial, 1997, pp.186-199.

Genara PULIDO TIRADO

Universidad de Jaén.

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales